



DON QUIJOTE

María Luisa Gallego Tarazona



DON QUIJOTE DE LA MANCHA

Segunda Parte

Capítulo LXXIV

DE CÓMO DON QUIJOTE CAYÓ MALO Y DEL TESTAMENTO QUE HIZO, Y SU MUERTE

COMENTARIO

La primera vez que intenté leer el Quijote todavía era una niña. Fue un regalo que me hicieron para mi Primera Comunión. Una edición infantil con preciosos grabados a todo color. Entusiasmada por el aspecto de las atractivas imágenes, comencé a leerlo rápidamente. Sin embargo, recuerdo que no fui capaz de terminar de leer aquel precioso libro. No comprendía nada. Todo lo que intentaban mostrarme aquellas graciosas escenas de brillante colorido, eran la patética figura de un anciano, flaco y desvalido, siendo vilmente: apaleado, humillado y ridiculizado, frente a personas que se mofaban de él sin ocultar sus crueles sonrisas. El libro me producía tristeza. Todo lo que mis padres me habían enseñado acerca del respeto debido hacia los mayores, se venía abajo. Aquel pobre viejo, valiente y bondadoso, quedaba ridiculizado cada vez que intentaba, en su locura, luchar contra alguna injusticia.

La segunda vez que decidí leerlo, era madre de dos hijos, y la vida ya se había encargado de enseñarme muchas cosas. Y, por supuesto, esa segunda vez sí que me introduje en sus páginas con la avidez del lector que desea, fervientemente,

descubrir el secreto de su fama universal. Disfruté enormemente del ingenio de Cervantes. De su maravillosa imaginación y de la belleza de su lenguaje. De su habilidad para plasmar la personalidad de sus personajes, con dulzura o crudeza, según viniera al caso, pero sin perder la elegancia y utilizando siempre las palabras apropiadas.

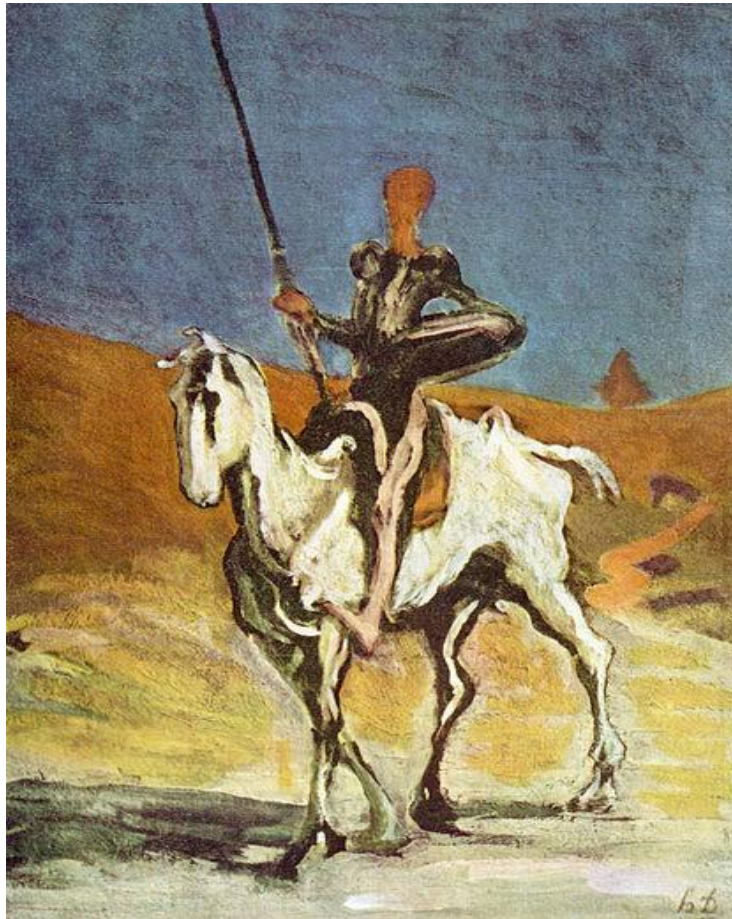
Pero fue la tercera vez que tuve *Don Quijote* entre mis manos cuando, verdaderamente, comprendí su grandeza. Por aquel entonces ya había sido abuela y había superado, con creces, la edad del Hidalgo. Encontré en el libro todo lo que dije anteriormente y, muchísimo más. Entre sus páginas pude ver reflejada, no sólo a nuestra patria y a nuestras gentes, sino a todos los seres humanos que pueblan la tierra. Con sus virtudes y sus numerosos defectos, su belleza y su fealdad. Sus anhelos y sus frustraciones, sus mezquindades y sus ambiciones más íntimas, y, también, la bondad de algunas almas nobles.

Mientras me preparaba para hacer este estudio, descubrí que no soy la única que siente tristeza al leer a Don Quijote. Me he dado cuenta de que me siento totalmente identificada con algunos autores románticos. Respecto a lo que pensaban acerca de nuestro personaje, y eso me ha servido para sentirme bien. Me ha producido cierta seguridad en mí misma “no era un bicho tan raro” después de todo.

Así según el pintor francés Honoré Daumier (1808 - 1879), el Quijote ha sufrido, como cualquier obra clásica, todo tipo de interpretaciones y críticas. Miguel de Cervantes proporcionó en 1615, por boca de Sancho, el primer informe sobre la impresión de los lectores, entre los que «hay diferentes opiniones: unos dicen: 'loco, pero gracioso'; otros, 'valiente, pero desgraciado'; otros, 'cortés, pero impertinente'» (Capítulo II de la Segunda Parte). Pareceres que ya contienen las dos tendencias interpretativas posteriores: la cómica y la seria. Sin embargo, la novela fue recibida en su tiempo como

un libro de entretenimiento, como regocijante libro de burlas o como una divertidísima y fulminante parodia de los libros de caballería. Intención que, al fin y al cabo, quiso mostrar el autor en su prólogo, si bien no se le ocultaba que había tocado en realidad un tema mucho más profundo que se salía de cualquier proporción.

Daumier pintó el cuadro Don Quijote y Sancho Panza, que incluyó, hacia el año 1868. Se trata de un óleo sobre lienzo con unas dimensiones de 52 cm. de alto por 32,6 cm. de ancho, que se conserva en la Neue Pinakothek de Múnich, Alemania.



DON QUIJOTE Y SANCHO POR HONORÉ DAUMIER

El Romanticismo alemán trató de descifrar el significado verdadero de la obra. Friedrich von Schlegel (1772 -1829)

asignó a Don Quijote el rango de precursora culminación del arte romántico en su *Diálogo sobre la poesía* de 1800 (honor compartido con el Hamlet de Shakespeare). Un par de años después, Friedrich Wilhelm Joseph Schelling (1775 - 1854), en su *Filosofía del arte*, estableció los términos de la más influyente interpretación moderna, basada en la confrontación entre idealismo y realismo, por la que Don Quijote quedaba convertido en un luchador trágico contra la realidad grosera y hostil en defensa de un ideal que sabía irrealizable. A partir de ese momento, los románticos alemanes vieron en la obra la imagen del heroísmo patético. El gran poeta Heinrich Heine (1797 - 1856) contó en 1837, en el lúcido prólogo a la traducción alemana de ese año, que había leído “Don Quijote con afligida seriedad en un rincón del jardín Palatino de Dusseldorf, apartado en la avenida de los Suspiros, conmovido y melancólico. Don Quijote pasó de hacer reír a conmover, de la épica burlesca a la novela más triste”.

Pero, a pesar de todo, y quizás recordando la angustia que sentí al intentar leer mi primer Don Quijote, he decidido dedicarme al último capítulo. Éste debería ser el más triste, porque en él se describe la muerte de D. Alonso Quijano. El Caballero, tras superar la crisis de la enfermedad, recobra la cordura, es consciente de su locura anterior y, hasta cierto punto, del fracaso de su vida.

A mí, particularmente, la imagen me reconforta con el género humano. Por fin, Alonso Quijano, en cuyo espíritu todavía existiría algo de Don Quijote, se ve rodeado de personas que lo quieren de verdad y que, para hacerlo feliz, están dispuestas a seguirle el juego y a realizar con él una nueva aventura. Una nueva locura para que sea feliz. Sin embargo, Cervantes, a pesar de todo, no idealiza a los personajes convirtiéndolos en seres angélicos, sino todo lo contrario, los mantiene humanos hasta el final. Humanos con

sus virtudes y sus debilidades, hasta el extremo de comentar que *“el hecho de heredar”* siempre se agradece...



GUSTAVO DORÉ. MUERTE DE DON QUIJOTE

Cuando Don Alonso Quijano está a punto de cruzar el umbral de la muerte, Don Quijote ya había muerto, y él está dispuesto a seguirlo, orgulloso por haber tenido tiempo de poner orden en todo lo concerniente a su vida terrena. Al recobrar la lucidez, lo primero que le pide a su sobrina es que *“desea descargar sus pecados ante un confesor”*. Y, acto seguido, *“deberá organizar sus asuntos financieros redactando un testamento”*, en el que no olvida su generosidad para con las personas que, tan fielmente, le han entregado su cariño y sus desvelos. La bondad innata del que denominan, Quijano, y apodan, el Bueno, también da

muestras de su generosidad y de su humildad ante su querido escudero, Sancho Panza, y *“le pide perdón por haberlo arrastrado en su propia locura, a realizar los hechos descabellados que en su nueva etapa de lucidez vuelve a reconocer”*.

Nuestro genial escritor continúa dando muestras de su sagacidad y de su ironía a lo largo del capítulo. En primer lugar continúa haciendo una crítica mordaz de ciertos escritos, en los que incluye a los libros de caballería. Se atreve a dejar una cláusula en su testamento en la que deja sentenciado que: *“si su bien amada sobrina Antonia Quijana llega a casarse con un hombre del que se sospecha que ha leído los malhadados libros de caballería, sea inmediatamente despojada de toda su herencia”*.

Cervantes, continúa con su ironía utilizando al cura: *“Viendo lo cual el cura, pidió al escribano le diese por testimonio cómo Alonso Quijano el Bueno, llamado comúnmente Don Quijote de la Mancha, había pasado de esta presente vida, y muerto naturalmente; y que el tal testimonio pedía para quitar la ocasión de que algún otro autor que Cide Hamete Benengeli le resucitase falsamente e hiciese inacabables historias de sus hazañas...”* Y aquí, el autor, como al principio de su novela, vuelve a sembrar las dudas acerca del lugar donde murió el Ingenioso Hidalgo de la Mancha y describe con gracia y erudición: *“cuyo lugar no quiso poner Cide Hamete puntualmente, por dejar que todas las villas y lugares de la Mancha contendiesen entre sí por ahijársele y tenersele por suyo, como contendieron las siete ciudades de Grecia por Homero”*.

Pero D. Miguel de Cervantes parece reticente a terminar su libro y lo alarga creando una historia de amor entre su pluma y la imaginaria mano que la utilizó para escribirlo —en primer lugar—, y entre la misma pluma y su inolvidable Don Quijote: *“Para mí sola nació Don Quijote, y yo para él; él supo obrar y yo escribir; solos los dos somos para en uno...”* Creando una imagen maravillosa en la que es esa misma

pluma la que advierte de que el verdadero Hidalgo ha muerto, y nadie debe osar escribir acerca de él una nueva aventura.

Por fin nuestro Cervantes se despide con la palabra “*Vale*” que era la forma clásica de despedida.

Madrid, 23 de abril de 2012

Figuras de la portada:

Estatua de Don Quijote y Sancho, Plaza de España, Madrid

Lápida en honor de Miguel de Cervantes Saavedra, Convento de las Descalzas Reales, Madrid.